

**EN MEMORIA DE UN MAESTRO:  
NORBERTO BOBBIO (18 OCTUBRE 1909-9 ENERO 2004)\***

**Mario G. Losano**



HOY hace exactamente un mes que murió Bobbio. No me gustaría hablar de su pensamiento ni de su influencia en la vida cultural y política italiana. Prefiero recordarlo ante los compañeros de la Academia y ante los amigos que hoy me honran con su presencia como una persona que ha sido a lo largo de toda mi vida un punto de referencia inexcusable, que ha forjado mi formación cultural, que ha seguido mis vicisitudes académicas y profesionales y que, sobre todo, deja hoy un hueco inconmensurable.

Me encontré con Bobbio a los 19 años, en el primer curso de la Facultad de Derecho de Turín; asistí a sus seminarios y me licencié en 1961 con una tesis de derecho constitucional en dos volúmenes: el primero de ellos

---

\* En la Academia Pernambucana de Letras, Recife, el 9 de febrero de 2004. Traducción de María Eugenia Rodríguez Palop.

supervisado por Bobbio y publicado en 1969, con el título *La teoría de Marx y Engels sobre el Derecho y el Estado*. Con Bobbio llegué a ser profesor en 1971, publicando el primer volumen sobre *Sistema y estructura en el Derecho*, que estaba ya destinado a ser una obra monumental de tres volúmenes. Después, fui ayudante de Bobbio hasta que Bobbio pasó a la Facultad de Ciencias Políticas y yo continué mi carrera en la Universidad de Milán. Con Bobbio colaboré también en la Editorial Einaudi de Turín. Nuestra relación fue muy estrecha hasta los últimos días del maestro turinés.

En la vida de Bobbio, el estudio del Derecho y de la Política estuvieron siempre fuertemente conectados. Y ello aunque, en la primera fase de su vida cultural y académica predominó el interés por los temas jurídicos sobre los políticos, mientras que en la segunda predominaron más los temas políticos. Este cambio de acento en sus estudios se tradujo en 1973 en su paso de la Facultad de Derecho a la de Ciencias Políticas, siempre en Turín. Así pues, lo encontré en las aulas de Turín cuando vivía la «primera fase» y se interesaba por el positivismo jurídico y por la filosofía analítica del Derecho. De ahí que fuera él quien me enderezó al estudio de Hans Kelsen. Con un gesto de confianza que todavía hoy me sorprende, en 1959 me confió la traducción de la segunda edición de la *Doctrina pura del Derecho*.

Trabajar con Bobbio sobre Kelsen: ¡intentad imaginar qué podía significar para un buen estudiante traducir a un autor tan meticuloso como Kelsen bajo la supervisión de un profesor riguroso como Bobbio, para el que la claridad de la exposición era un imperativo categórico! Esta necesidad de claridad ha sido y es todavía hoy un tormento para mí y, me temo, también para aquellos que trabajan conmigo.

Cuando inicié aquella traducción era un estudiante de segundo año de Derecho y aquella grandiosa tarea dejó una doble señal en mi vida.

Por un lado, me hizo entrar en contacto con la Editorial Einaudi, el editor que habría de publicar aquella obra y para quien Bobbio era un siempreescuchado consejero. Fue también Bobbio quien –cuando terminé la Universidad– me ayudó a entrar en aquella Editorial como colaborador. Allí estuve hasta 1985. En aquellos años, la Editorial era una de las realidades más vivas del mundo cultural italiano. A la curiosidad intelectual de Giulio Einaudi debo también la publicación, en 1969, de un libretto mío que fundó la informática jurídica en Italia (y que tuvo fortuna también en Brasil: pero esta es otra historia).



Por otro lado, aquella traducción que hice de Kelsen y de la Filosofía del Derecho alemana fue algo que habría de acompañarme toda mi vida. Todavía, hace pocos años (en 1998) Bobbio me confió la tarea de recuperar y publicar el manuscrito del debate entre Hans Kelsen y Umberto Campagnolo, desarrollado en los años treinta durante el exilio de ambos en Suiza. Lo conseguí y, además, tuve el placer de poderle dar, en el 2000, la traducción publicada en Brasil de aquel volumen: *Derecho internacional y Estado soberano*. Con un texto inédito de Hans Kelsen y un ensayo de Norberto Bobbio.

Estos pocos signos bastan para documentar una cercanía personal que ha durado más de cuarenta años. Y es por esto que hoy quiero hablaros de Bobbio como persona, porque con él desaparece un mundo que no es sólo mío sino que también es el de mi generación. De hecho, entre Bobbio y yo existían muchos puntos en común –por decirlo de algún modo– «existenciales»; puntos en común que hoy ya no encuentro en la generación que ha sucedido a la mía. Una generación son treinta años. Justo treinta años me separaban de Bobbio, que nació en 1909; pero el Turín de los años cincuenta –el de mi Universidad– no era en el fondo radicalmente distinto al Turín de los años veinte, el de la juventud de Bobbio. Sin embargo, los treinta años que me separan de mis estudiantes, o sea los que separan a los años cincuenta de los ochenta, han supuesto un cambio tan radical que casi no puede llenarse el vacío «existencial» que existe entre la siguiente generación y yo. A menudo me pregunto qué conseguiré transmitirle de ese mundo que ha sido mío. Bobbio, de su mundo, me ha transmitido mucho.

¿Qué teníamos, «existencialmente», en común Bobbio y yo? Teníamos, por ejemplo, la «piamontesidad», un común sentido de las raíces situadas en una tierra bien precisa, lo que no impedía que estuviéramos abiertos al mundo. Es un sentimiento de seguridad que sintió también el atormentado Cesare Pavese, el escritor amigo de Bobbio y cofundador de la Editorial Einaudi, nacido cuatro colinas más allá de donde ahora está enterrado Bobbio y donde también nací yo. Escribía Pavese:

«A un país se le quiere, aunque sólo sea por el gusto de irse de allí. Un país quiere decir no estar solos, saber que en la gente, en las plantas, en la tierra, hay algo tuyo que cuando no estás te espera» (Pavese, *La luna e i falò*).

Este sentido de las raíces y de la continuidad se encontraba en los nombres de las familias, que perpetuaban en los hijos y nietos los de los abuelos y los tíos: el primer hijo de Bobbio se llama Luigi, como el

padre de Bobbio. Hoy, sobre aquellas colinas, los niños ya no se llaman Evasio o Albina, sino Samantha o Christina (todas rigurosamente con «h»). Las colinas de las que partían las familias a principios del siglo pasado para ir a Turín o a Argentina son también las colinas donde las familias tienen una sepultura, las colinas a las que se vuelve, de vivos, para pasar unas breves vacaciones y, de muertos, para reposar eternamente en la tierra de los padres, entre los familiares que nos han precedido. Una vuelta al rastro de la continuidad. Por esto, Bobbio ha querido que sobre su tumba figurase el nombre de sus padres.

Querría leerlos una página escrita por Norberto Bobbio el 4 de noviembre de 1999, es decir, pocos días después de haber cumplido los noventa años. Contiene indicaciones prácticas, pero revela también cuál era su mundo personal. La página no tiene título, pero –sólo con sus palabras– podría ser titulada: «Como un hombre de razón y no de fe». En esta página se reflejan dos rasgos típicos del carácter de Bobbio: su relación dubitativa con los valores religiosos y la virtud más piamontesa del *understatement*, de no tomarse demasiado en serio, de no exagerar: «esagerôma nen» era su lema piamontese predilecto.

He cumplido 90 años el 18 de octubre. La muerte debería estar cercana. A decir verdad, la he sentido cerca toda la vida. Nunca pude pensar ni lejanamente que viviría tanto. Me siento muy cansado, a pesar del afectuoso cuidado del que estoy rodeado, por parte de mi mujer y de mis hijos. A menudo me sucede que en las conversaciones o en las cartas uso la expresión «cansancio mortal». El único remedio al cansancio «mortal» es el reposo de la muerte. *Requiem aeternam dona eis domine*. Es el último y bellísimo coro de la Pasión según San Juan de Bach, el coro, justo después de la muerte de Cristo canta: «*Ruhe wohl*» (descansa en paz).

Deseo funerales civiles de común acuerdo con mi mujer y mis hijos. En un apunte del 10 de mayo de 1968 (hace más de 30 años) encuentro escrito: Quisiera funerales civiles.

Creo que nunca me he alejado de la religión de los padres, pero sí de la Iglesia. Me alejé quizá hace mucho tiempo como para volver a escondidas a última hora. No me considero ni ateo ni agnóstico. Como hombre de razón y no de fe, sé que estoy inmerso en el misterio que la razón no consigue penetrar hasta el fondo, y las diferentes religiones interpretan en modo distinto.

Funerales simples, privados, no públicos. Encomiendo cálidamente a mis familiares este mi deseo. He tenido en mi vida, también con ocasión de mis 90 años, públicos reconocimientos, premios, formas varias de honores que he aceptado aun estando convencido que excedían mis méritos. A mi muerte le corresponde el recogimiento, la conmoción íntima de los más cercanos, el



silencio. Breve ceremonia en mi casa, o, si fuera el caso, en el hospital. Ningún discurso. No hay nada más retórico y fastidioso que los discursos fúnebres.

Y después el traslado a Rivalta para ser sepultado en la tumba de mi familia. En la lápida sólo el nombre y el apellido, fecha de nacimiento y de fallecimiento, seguido solamente de esta inscripción: «Hijo de Luigi y de Rosa Caviglia». Me gusta pensar que sobre mi lápida mi nombre aparezca junto a los de mis padres. Mi padre, alejandrino, fue el fundador del linaje de los Bobbio de Turín; la tumba fue mandada construir por él en el pueblo, que tanto amó, de su mujer. Mi nombre, unido al de mis padres, fundamentalmente, da el sentido de la continuidad de las generaciones.

Que la familia dé la noticia de la muerte una vez pasados los funerales con una necrológica compuesta con las palabras simples con las que normalmente se escriben las necrológicas de la gente común:

Ya no está entre los suyos

Norberto Bobbio

Profesor emérito de la Universidad de Turín. Senador vitalicio.

Le dan esta triste noticia...

Así se hizo. Durante una tarde y una mañana, en Turín, el ataúd de Bobbio estuvo expuesto en el aula magna de la Universidad, visitado por una fila de turineses que llenaba el pórtico del primer piso, la escalinata, el patio y la calle. Después, en una fría mañana de enero, algunos coches partieron hacia las colinas de Alejandría, hacia Rivalta Bormida, el pueblo al que el joven Bobbio volvía en las vacaciones estivales.

Aquel pueblo, el 15 de julio de 1995, nombró a Bobbio por octogésima vez ciudadano honorífico. Bobbio llegó en una jornada de calor estival y fue recibido por la banda del pueblo. Sacó sus habituales apuntes –aquellos que revisaba en las clases, en las conferencias, en los discursos públicos– y dejó fluir los recuerdos de una vida intensa que se había prolongado todo un siglo. Eran recuerdos personales, inspirados en la banda de música que aquel día tocaba en su honor y que él, aún joven, escuchaba ensayar no lejos de su casa. La banda que toca para ti: el máximo honor concebible para un lugareño. Quizá recordaréis la película en la que Don Camillo al dejar su pueblo parte de una pequeña estación vacía; el alcalde comunista Peppone y los conciudadanos comunistas lo esperan en la estación para despedirse –y lo esperan con la banda–. En un pueblo, con la banda se puede expresar aquello que no se consigue decir con un discurso.

Uno de los hijos de Bobbio, Andrea –el que enseña informática en la Universidad de Alejandría, donde también enseñé yo; el mismo que (hace diez años) escuché tocar la flauta en la habitación que había junto al estudio, cuando visitaba a Bobbio– encontró aquellos apuntes y los leyó en la misma plaza de Rivalta Bormida, donde en un día de agosto nueve años antes los había leído el mismo Bobbio, aunque es verdad que entonces Bobbio los enriqueció con recuerdos y comentarios. Andrea Bobbio, esta vez, los leyó para despedir al ciudadano honorífico que, en el fondo, sólo se mudaba de casa: de aquella que tenía desde el principio en el pueblo, a la derecha de la calle principal, a la tumba de la familia, en el cementerio situado al final de dicha calle.

Os invito a recorrer de nuevo aquellos apuntes para descubrir otro rostro del agudo filósofo, del profesor riguroso, del pensador político que ha sabido ser la conciencia de la Italia que salía de la guerra con su patrimonio destruido y su espíritu despedazado. Un rostro afable, de un hombre de las colinas unido a sus raíces; de un hombre que, también cuando evoca su infancia, reafirma sus valores y las decisiones que lo han guiado a lo largo de una larguísima vida.

Nunca me he considerado un hombre importante. Me considero sobre todo un hombre afortunado. Afortunado por la familia en la que he nacido. Afortunado por la familia que Valeria y yo hemos construido más por el mérito de mi mujer que por el mío, por los profesores, por los amigos y discípulos que he tenido y, por qué no, por este pueblo pacífico y laborioso, en el que he pasado gran parte de mi vida. Afortunado porque he atravesado indemne el curso de la terrible historia del siglo veinte. Indemne, cuando muchos han sufrido cautiverio y tortura. Afortunado también por los años a los que he llegado un poco malparado pero todavía capaz de disfrutar de la música de la banda de Rivalta.

La señora Valeria era, para nosotros, estudiantes y después amigos, una sucursal de Bobbio; para él la puerta de acceso al mundo exterior, en el que lo ayudaba y del que también lo protegía. Ha sido ella quien me ha relatado los tiempos en los que eran novios, antes de la guerra. Las dos hermanas Cova eran invitadas a dar paseos por la montaña por los dos novios, Norberto Bobbio y Roberto Ago, a quien quizá alguno de vosotros recordará como profesor de derecho internacional. Eran aburridísimos, confesaba: caminábamos por la montaña durante horas, yo y mi hermana detrás, mientras Norberto y Roberto, delante, discutían sobre Kelsen. Después se casaron en 1943: las dos hermanas con los dos kelsenólogos. El declive de Bobbio



comenzó en el 2001, cuando la muerte de Valeria lo dejó como desorientado frente a un mundo que amaba cada vez menos.

Nunca me he tomado en serio. Hace falta mirarse también a uno mismo con distancia e ironía. Benedetto Croce, un maestro de nuestra generación, decía muy sabiamente que se necesita tener mucho amor a las cosas, no a uno mismo, que cuanto más se aman las cosas se consigue más fácilmente distanciarse de uno mismo [...]. Esta vuelta a Rivalta ha abierto el camino hacia los recuerdos de la infancia [...], los recuerdos de la edad de la inocencia, del inicio de la gran aventura, del viaje al descubrimiento del mundo protegidos por el calor de los afectos, [...] la familia de mi madre, la Primera guerra mundial y la compra de la casa en 1916, la fiesta de San Domenico, el juego del balón, las correrías hacia la colina, el río y los paseos en bicicleta, la Segunda guerra mundial, la ocupación alemana y los partisanos, la guerra civil [...].

Esta es sobre todo la parte del discurso que probablemente, hablando en la plaza, Bobbio debería haber enriquecido con recuerdos personales. Son los recuerdos que concluyen con la alusión a la guerra y a las luchas partisanas: esto es, acaban con los eventos con los que sin embargo comienzan mis recuerdos de niño de las colinas. Son recuerdos que han marcado también a mi generación y que encuentro en los intelectuales de aquellas tierras, como Giorgio Bocca y Giampaolo Pansa, y tantos otros. Pero que no encuentro ya en mis alumnos ni en mis nietos. Son recuerdos de un mundo que ha acabado para siempre, pero que nos ha dejado una herencia. Una herencia, antes que nada, dentro de nosotros, una certeza, una fuerza con la que superar los momentos duros.

De los textos publicados a partir de aquellos apuntes de 1995 falta, sin embargo, una frase que yo he encontrado en otro lugar y que es fundamental para revelar que en Bobbio la tensión moral nunca disminuyó: ni siquiera durante los momentos de distensión y de intimidad, como podían ser los de aquel día de agosto en Rivalta Bormida.

En 1995 estaba vivo el ácido debate sobre el revisionismo histórico y, en particular, sobre la revalorización de los muertos fascistas, en particular de los muertos de la República de Salò. Aquella república, en realidad, albergaba un gobierno fantoche de Hitler y, en el derrumbamiento de la Italia de Mussolini, había recogido lo mejor y lo peor de los fascistas: bajo su bandera había quien moría por coherencia extrema con un ideal derrotado y también quien moría porque ya no tenía nada que perder. En 1995, como hoy, se tendía a poner en el mismo plano a los «muchachos de Salò» y a los

partisanos, a quien luchaba por el fascismo y a quien lo hacía contra el fascismo. Indudablemente, en el plano humano, aquellos hombres muertos a menudo jovencísimos –de una y de la otra parte– merecían una idéntica compasión; pero en el plano político hay que distinguir. Y en aquel discurso de 1995, recordando la «guerra civil», Bobbio añade una cosa que no encuentro en los periódicos de hoy: «La Segunda Guerra mundial, la ocupación alemana y los partisanos, la guerra civil. *Olvidemos, pero no confundamos, quién ha estado en la parte justa y quién en la injusta, aunque también quien ha estado en la parte justa ha cometido injusticias*». [Esta frase ha desaparecido]. En la compasión por la muerte no puede obviarse la elección de bando. Los muertos son iguales, las ideas por las que se muere no: qué hubiera sido de Italia, de Europa, del mundo, si en lugar de los partisanos hubieran vencido los «muchachos de Salò».

[Me ha sorprendido negativamente el modo en el que «La Stampa» –el periódico en el que Bobbio colaboraba– transcribe estas palabras en sus páginas del 13 de enero de 2004, enteramente dedicadas a los funerales de Bobbio. Las elimina del texto de los apuntes de 1995. Las reproduce claramente en el encabezamiento, pero en el título de la página completa da esta versión manipulada: «Bobbio, el último mensaje: también los justos se han equivocado». Bobbio había dicho exactamente lo contrario: había dicho que también los justos habían cometido injusticias, pero no por ello su parte era menos justa. Había pedido que «no confundiéramos» y lo había hecho en vano].

Los recuerdos de la infancia vuelven después con fuerza. De aquellas raíces provincianas nace una visión cosmopolita. Aquellos recuerdos evocan el tiempo circular de los campos, en los que se suceden estaciones, cosechas, generaciones; en los que cada vida es un ciclo que se abre con los progenitores y que se cierra con los descendientes, que inician a su vez un nuevo ciclo. Por esto, tengo la impresión que hoy este «tiempo circular», este sucederse de los ciclos –que aúna la experiencia de vida de Bobbio con la mía, de nosotros «hombres de las colinas»– se ha interrumpido. Que ha sido sustituido por el tiempo lineal de mis estudiantes post-modernos, inmersos en un eterno presente.

Para terminar: permitidme hacer algunas consideraciones de carácter general.

1. Está bien mantener las propias raíces. Ay de los desarraigados. Las raíces se tienen sólo en el pueblo de origen, en la tierra: no en el cemento de la ciudad.
2. Sólo en el pueblo existe el prójimo. Tú no puedes amar a todos, si no muy





en abstracto. Sólo puedes amar al prójimo. En una ciudad no hay prójimo. 3. En Rivalta jugaba con los niños del pueblo que no sabían hablar italiano, andaban descalzos, estaban vestidos con una camiseta y con unos pantaloncitos sostenidos con cordeles. Nunca he sentido ninguna diferencia entre nosotros, los señores, y ellos, los campesinos. He aprendido que los hombres son iguales.

Son más iguales que diferentes. He aprendido a decir no a cada forma de racismo, de odio, de clan o de raza, la enfermedad que infecta el mundo. He aprendido que si una madre de una tribu africana llora y se desespera por la muerte de su hijo, llora en el mismo modo en el que lo hace una madre italiana o americana.

La conclusión del discurso de 1995 lleva a Bobbio a la conclusión de la vida, a aquel pensamiento de la muerte que, cuatro años después, habría evocado en su última voluntad: la muerte «la he sentido cercana toda la vida».

Volviendo al principio: he aprendido que no hace falta darse demasiada importancia, incluso cuando la banda toca para ti. Tú también eres alguien para quien vendrá la hora en que, como para todos los otros, no tocará la banda sino la campana.

Sólo las iglesias tienen campana. Y la campana que ha tocado por Bobbio replantea su sufrida relación con la religión. En su última voluntad hemos leído estas palabras: «Creo no haberme alejado jamás de la religión de los padres, pero sí de la Iglesia». En 1997, Bobbio encontró a un viejo amigo y colega, que enseña en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Alejandría: don Maurilio Guasco que, por cierto, es un amigo de Brasil, que viene a menudo para participar en los trabajos de la CPT [¿o conferencia episcopal?]. Discutieron sobre el paraíso, en el que evidentemente don Guasco cree. A la observación del amigo, «había entendido que a tu juicio el paraíso no existe», el racional Bobbio respondió: «Sólo soy un dubitativo». Por eso don Guasco pretende convertirlo en un «creyente anónimo», atribuirle una religiosidad que Bobbio no tenía. También la referencia a la «religión de los padres» en su última voluntad se ha interpretado como referencia «a la historia común, tejida por las generaciones de las que formamos parte. Es significativo que haya querido los nombres de su padre y su madre sobre su tumba: considera a la familia inserta en una historia que está inmersa a su vez en una cultura cristiana. De la que él, por lo tanto, se sentía partícipe». En otras palabras, «admitía plenamente la posibilidad de buscar respuestas al misterio de la vida y de la muerte a través de las diferentes

religiones. Sin embargo, para él eligió la razón, la racionalidad». Era, como el mismo Bobbio había escrito, un «hombre de razón y no de fe»: donde por fe hay que entender hoy credo absoluto, sea religioso, sea político.

Hasta aquí hemos visto cómo Bobbio sentía sus raíces en Piamonte. Pero ¿cómo respondía Piamonte —y, en particular, Turín— a este apego? Mi sensación es que todos los turineses de cualquier clase e ideología han sentido particularmente la desaparición de Bobbio por dos razones. En primer lugar, porque Bobbio, desde las columnas del periódico local, «La Stampa», estaba siempre presente en el debate político con posiciones racionales y razonables. Era, de este modo, una presencia constante en las casas de todos. En segundo lugar, Bobbio era una de las glorias de Turín. Y a lo largo de un año, de enero de 2003 a enero de 2004, los turineses habían visto desaparecer tres figuras centrales del siglo apenas terminado. En un primer momento había muerto Gianni Agnelli, la encarnación del espíritu emprendedor piamontés, el rey republicano a la cabeza de una industria que había dado a Turín el orgullo de ser la capital italiana del automóvil, compensándole en parte por el nunca superado trauma de no ser capital desde 1861. Después faltó Alessandro Galante Garrone, limpidísimo intelectual que de la magistratura había pasado a la cátedra de historia, coetáneo y amigo estrechísimo de Bobbio y, con Bobbio, consciencia crítica de la vida política italiana. También para mí ésta fue una dura pérdida, y así le escribía a Celso Lafer da Recife, en noviembre de 2003: «Hoy, hablando por teléfono con mi madre, he sabido que ha muerto Alessandro Galante Garrone, un amigo fraternal de Bobbio y uno de mis maestros de los años universitarios: fue Galante Garrone quien me abrió las puertas de la entonces mítica revista “Il Ponte”. Deberíamos habernos visto a mi vuelta de Brasil. Así se nos va otra persona de la tríada que, con Bobbio y Treves, guió mi juventud» [Recife, 2 de noviembre de 2003]. No imaginaba que, pocas semanas después, la desaparición de mis tres maestros sería completada con la muerte de Bobbio.

Creo que la desaparición de estas tres figuras ha marcado el fin de una época: la de la guerra, la Resistencia y el renacimiento democrático y económico. Con ellos se ha ido no sólo mi pequeño mundo personal, sino también el mundo de una generación. Con ellos se ha cerrado el siglo xx y una época de pasiones políticas incluso violentas, pero también de construcción del Estado democrático. El nuevo siglo ha comenzado en un clima de crisis política y moral, en el que no se escuchan ya aquellas voces de la



consciencia que, con Bobbio, parecen haberse apagado. La nueva realidad política italiana preocupaba a Bobbio. Lo habíamos hablado largamente en 1965, cuando me dio el volumen de Carlo Violi con su bibliografía. Allí escribió esta dedicatoria: «Con muchos recuerdos y pocas esperanzas».

Me quedarían por decir todavía muchas cosas. Pero quizá es mejor quedarse en los recuerdos de aquella jornada de enero, con las colinas desnudas y la nieve a los lados de las calles. Para el Bobbio «mortalmente cansado» la muerte ha llegado como una liberación. Aquel último cortejo era como lo habría querido él: la familia, los amigos, su pueblo. Poca gente. El silencio del campo. Le habrían gustado los versos de Hölderlin, el más filósofo de los poetas, fragmentos de la poesía titulada *Lebenslauf* (etimológicamente, «el curso de la vida»). «Hacia lo alto tendía mi espíritu —escribe el poeta—, pero el dolor lo doblaba con más fuerza. Así recorro el arco de la vida y vuelvo allí, de donde vine».

[Hoch auf strebte mein Geist, aber die Liebe zog / Schön ihn nieder; das Leid beugt ihn gewältiger; / So durchlauf ich des Lebens / Bogen und kehr, woher ich kam (Hölderlin, *Poesie*, trad. al italiano de Giorgio Vigolo, Mondadori, 1971, p. 28.)]

